

tudio particularizado debido a la variedad de situaciones que agrupa: pequeño campesino, arrendatario, precarista, obrero agrícola, etc. El análisis de las diferentes situaciones y de la acción ejercida por el deterioro económico de las zafras en ese complejo panorama social, explica un surgimiento desigual de los focos de resistencia, no siempre concordantes al principio debido a la multiplicidad de las situaciones, pero que, unificados más tarde, apuntan contra la dictadura. La creciente pauperización del sector agrario, donde «convergen estos factores dentro de un proceso general de proletarianización, y coyunturalmente colocan al poblador rural en la situación límite: reaccionará de más en más favorablemente a la guerrilla. Y lo hará en defensa propia: antes convencido por su estado de necesidad que por la proclama de los hombres de la ciudad. Estos así acaban por comprenderlo».

La investigación, desarrollada sobre la base de estos tres grupos sociales, permite al autor plantear un tema de mayor complejidad e importancia. La etapa que conduce a la fase final revolucionaria se inscribe, según su tesis central, en el interior de un **tiempo corto**, encuadrado cronológicamente entre 1952 y 1959. Este, a su vez, se inserta en un **plazo histórico largo**, comprendido entre 1868 y 1960. El modelo utilizado es, obviamente, la revolución francesa, sobre la cual se han realizado numerosos estudios utilizando este método de investigación histórica que implica, en sí mismo, un desafío a la periodificación tradicional. Vinculados con esta escuela aparecen los nombres de Braudel, Simiand y Labrousse, y algunas de sus enseñanzas se aplican en este trabajo para poner de relieve la dinámica de ciertos elementos estructurales en el proceso social desencadenador de la revolución. El propio autor explicita el modelo utilizado y nos advierte: «No se trata de elaborar una lista de semejanzas y otra de desemejanzas. Bien sabemos que toda comparación funciona aquí mutatis mutandi. De otra cosa se trata: colocar la gesta de los cubanos en el marco de las revoluciones contemporáneas, sacándola del estereotipo escolar de los barbudos bajando de las montañas. Y a este efecto tanto da tomar la revolución francesa como cualquier otra de tipo contemporáneo, donde el **clímax** político es

alcanzado a través de mecanismos compartidos». En esta dirección, el planteo contiene aportaciones con cuyas conclusiones se podrá estar o no de acuerdo, pero que son producto de un serio trabajo de análisis. Una serie de cuadros muestra la incidencia de los factores políticos, los hechos económicos y la correlación existente entre ellos, así como el grado de intensidad en la participación de los sectores sociales, proporcionando mayor claridad a las ideas del texto. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL, EN LA ENCRUCIJADA

La reciente aparición del libro del historiador aragonés Carlos Forcadell, **Parlamentarismo y bolchevización (El movimiento obrero español, 1914-1918)** (1), viene a suplir una carencia, a llenar un importante hueco de nuestra historia contemporánea: el análisis historiográfico de la crisis del socialismo español a raíz de la entrada de Europa en la I Guerra Mundial y el consiguiente hundimiento de la II Internacional.

Y hablo de huecos y de carencias porque este es un trabajo «clásico» ya en el resto de los países europeos que estrenan siglo con una mayor o menor presencia de los partidos socialistas, y que nunca, hasta ahora, había sido acometido en España desde esta perspectiva. Es decir, desde la perspectiva del profundo foso que se va abriendo en el seno de la II Internacional (1889-1914) entre la **teoría** y la **práctica**, al hilo del progresivo deterioro del **internacionalismo proletario**.

Otro historiador aragonés, Juan José Carreras, analiza así la aportación fundamental del libro: «En la última década, en España se han multiplicado trabajos de gran importan-

cia, pero como estudios de conjunto hay que seguir recurriendo, en la mayoría de los casos, a las obras de los antiguos militantes, de un Mora o de un Ramos Oliveira, obras en muchos casos de más valor testimonial o de fuente que historiográfico».

REQUIEM POR EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

El trabajo de Carlos Forcadell posee la virtud, hasta ahora inédita, de enfocar este período crítico del socialismo español —en el que se sientan ya las bases de una escisión que se prolonga hasta nuestros días— desde una perspectiva absolutamente dinámica. Es decir, arrancando desde el nacimiento de la II Internacional, «bucea» en los debates y las posturas que se van decantando a lo largo de sus veinticinco años de vida, siempre en íntima relación con el nacimiento y desarrollo del socialismo español. Todo ello pasa, evidentemente, por una análisis pormenorizado de los avatares que van a sufrir los distintos partidos socialistas europeos desde el nacimiento de la II Internacional hasta su defunción en el nonato Congreso de Viena. Y, lógicamente —dentro de este método de interrelación—, pasa por la influencia que toda esta «modulación» va a ejercer sobre el aún titubeante y frágil socialismo español.

Así pues —y aunque el trabajo no está planteado con este esquematismo—, el libro presenta dos grandes bloques diferenciados, aunque constantemente interrelacionados: la vida, esplendor y muerte de la II Internacional, de un lado, y las oscilaciones en el sismógrafo del socialismo español, por todo ello, de otro.

Al intentar poner el socialismo español frente al espejo de la II Internacional, el autor —a través de un rastreo pormenorizado en las actas y comunicaciones de los distintos Congresos y de la penetración real de las ideologías en los distintos países, en función de sus características específicas— va trazando un minucioso panel de las «constantes vitales» que presenta la Internacional hasta su definitivo fallecimiento al ruido de los primeros cañonazos.

Este primer «bloque» posee, por sí solo, un alto poder ilustrativo abor-
dado ya, no obstante, por otros veri-

(1) **Parlamentarismo y bolchevización (El movimiento obrero español, 1914-1918)**, Editorial Crítica, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1978.

cuetos. Y este poder nace, precisamente, al poner en tela de juicio determinadas tesis, ya tópicas, respecto a la vida real de esta II Internacional. Y dentro de estas tesis tópicas no es la menos malparada la que enuncia que la historia del movimiento obrero es, más o menos, la historia de los congresos de los partidos obreros. O dicho de otra manera: el trabajo de Forcadell huye de esta máxima y, a la hora de aplicar la regla al caso español, pone especial cuidado en señalar la excepción: no basta con estudiar las ideologías, sino que hay que estudiar el medio social que estas ideologías penetran.

En función de toda esta metodología, el autor rastrea en las actas de los sucesivos Congresos la «estética» revolucionaria para, a renglón seguido, ponerla en confrontación con la realidad, con lo que de verdad sucede en el seno de cada partido que acude a los sucesivos congresos. De la dialéctica teoría-realidad va surgiendo el elemento cancerígeno que dará con la II Internacional en la tumba: el progresivo derrumbe del internacionalismo proletario.

Porque no hay que olvidar —como señala J.J. Carreras citando a Gustafsson— que, aunque es verdad que cuando se funda la II Internacional el marxismo parece haberse convertido en la ideología dominante del movimiento obrero, la realidad es muy otra: el marxismo no había penetrado realmente en la socialdemocracia alemana, en Inglaterra no superaba ni los ribetes de simple secta, en Italia era considerado cuestión de moda y en Francia se veía atacado por diversos frentes.

Pero va a ser en el Congreso de Londres (1896) donde se van a poder detectar ya los peligros que acechan al internacionalismo proletario —tan fuertemente arraigado en Europa ya desde la I Internacional— y que, pocos años después, van a dar con él en tierra: son los años de las grandes acciones imperialistas de las grandes potencias. A la crisis de Fachoda (1898) —año, por otra parte, crítico para el socialismo español en torno a la cuestión colonial hispana—, sigue la guerra de los boers y la pugna de los poderosos por el dominio de China. Es precisamente aquí donde se produce un viraje espectacular en la dialéctica capitalismo-marxismo. No se está ya ante una guerra clásica de tipo nacional

—tan frecuentes en el XIX—, sino ante un nuevo tipo de confrontación de las grandes potencias por el dominio de los mercados o las zonas de influencia. Los distintos partidos socialistas detectan, en mayor o menor medida, este viraje —y prueba de ello es que el tema esencial del Congreso de París (1900) será el de la política colonial— e intentan afrontarlo, pero en él está ya la semilla del progresivo «nacionalismo» de los partidos socialistas que será el que, en definitiva, dé la puntilla al asolerado internacionalismo proletario.

Entre 1900 y 1914, las reiteraciones de la II Internacional en sus condenas de la guerra van a ir remitiendo en convicción —lo que no quita para que en 1913 sea propuesta para el

sión Socialista Internacional. La postura más izquierdista dentro de este conglomerado de minorías va a corresponder a Lenin, quien ve claro que la lucha entre naciones debe traducirse en una lucha de clases: todo ello está en el origen de la Revolución rusa y en el consiguiente estallido de los partidos socialistas europeos.

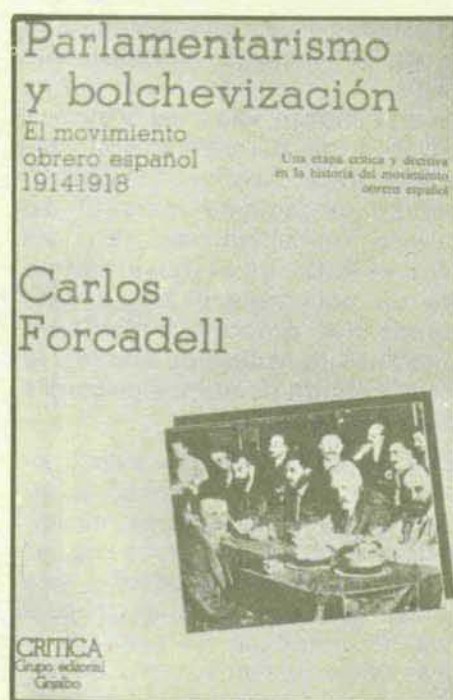
EL SOCIALISMO ESPAÑOL, EN LA ENCRUCIJADA

En el momento justo en que Europa entra en guerra, España presenta una serie de componentes diferenciales. De un lado, no va a intervenir en la confrontación; de otro, el socialismo español es en estos momentos muy débil, tanto numérica como doctrinalmente, porque ha habido una recepción muy escasa de las teorías marxistas. Prueba de ello —entre otras— es el hecho de que, mientras los socialistas ocupan centenares de escaños en los parlamentos alemán o italiano, el PSOE habrá de esperar hasta 1910 a tener un diputado en Cortes.

La ligazón del socialismo español con la II Internacional es, hasta prácticamente sus últimos años de vida, débil y más formal que efectiva. Hacía todos o casi todos los congresos, parten comunicados de los socialistas españoles —algunos sirven, incluso, para calibrar su propia debilidad toda vez que en no pocas comunicaciones se dan excusas a un mayor arraigo doctrinal pretextando un alto índice de analfabetismo entre la población—, pero lo cierto es que el momento crítico de la I Gran Guerra sorprende al socialismo español en una situación de evidente fragilidad doctrinal.

No han faltado, sin embargo, pruebas de fuego a los socialistas españoles para bregarse en el espinoso tema de las guerras coloniales y la consiguiente toma de postura antibelicista. En efecto, en menos de una década, España va a tener que resolver dos espinosas cuestiones de política internacional: Cuba y Marruecos.

De un lado, la insurrección cubana —surgida en 1895— va a poner a prueba el antibelicismo de los socialistas españoles. Con anterioridad a este hecho, el PSOE había ya fijado su actitud respecto al problema del ejército a raíz de dos hitos funda-



Nobel de la Paz—, en proporción directa al declive de su entusiasmo internacionalista. El proceso, sin embargo, no es total. En casi todos los países con presencia socialista van a surgir unas minorías que reivindican la unión teoría-práctica y que permanecen fieles a la condena de las guerras surgidas como confrontación de intereses económicos nacionales. Estas minorías —que en distintos países se agrupan en torno a nombres tan sonoros como Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotski, etc.— van a seguir cohesionadas en torno a la férrea idea del internacionalismo proletario y van a tener una red de contactos que van a cristalizar en la reunión de Zimmerwald (septiembre de 1915), de la que sale una Comi-

mentales: la redacción del programa por Mesa e Iglesias (en uno de cuyos puntos proponía el «servicio de las armas obligatorio y universal y milicia popular»), y el I Congreso del partido, celebrado en Barcelona en 1888 (en el que, yendo más allá, se acuerda «la supresión de los ejércitos permanentes y el armamento general del pueblo»).

Desatada la contienda ultramarina, los socialistas españoles van a centrar el grueso de su oposición a la política gubernamental en las críticas al sistema de reclutamiento (es la hora del célebre slogan «todos o ninguno»), dentro de una campaña de agitación que le concede gran audiencia entre la población, pero que, analizada más de cerca, evidencia la ausencia de un análisis firme del problema colonial. Este último extremo lo prueba fehacientemente el hecho de que la comunicación española presentada en el Congreso de París (1910) ataque «la avaricia del capitalismo americano» y «la gran estupidez de la clase dirigente española», pero que, al mismo tiempo, reconozca, implícitamente, que una buena administración del territorio ultramarino podría haber hecho imposible el conflicto.

De otro, la conflictividad con Marruecos —surgida, esencialmente, tras la influencia que sobre el conjunto marroquí le asignan a España las potencias inglesa, francesa y alemana— va a situar al PSOE en una postura mucho más beligerante frente a la política gubernamental. De este momento datan las más encendidas proclamas de Pablo Iglesias en favor del internacionalismo proletario y, consiguientemente, de condena de las clases dominantes. Pero estamos ya en los albores de la I Guerra Mundial y el proceso de «nacionalización» de los partidos socialistas ha hecho mella en los socialistas españoles. Buceando en la prensa y comunicados de la época, Carlos Forcadell da con la clave de esta «inflexión». Tras analizar cuidadosamente las fuentes, concluye: «Es la **nación** la que no tiene intereses en la empresa colonial. En el mismo mitin —se refiere al mitin socialista de junio de 1913—, García Quejido pronuncia el análisis más sólido: 'La guerra es perjudicial para la nación. No interesa a las clases burguesas. España no necesita mercados ni tiene qué colocar en ellos'. Por tanto, la unanimidad y la ortodoxia doctrinal

del socialismo español en el problema colonial vienen explicadas más por las condiciones de la sociedad española, que convertían la política colonial en catástrofe nacional, que por el mantenimiento de una pureza y ortodoxia ideológicas de origen».

EN LOS ALBORES DE LA ESCISION

El progresivo deterioro del internacionalismo proletario al que se asiste conforme avanza el siglo recién estrenado, va a alcanzar al socialismo español, como se ve, muy tardíamente, casi en los albores de la conflagración mundial —al menos, en los aspectos que afectan a la cohesión interna del partido.

El estallido de la I Guerra Mundial va a ser, sin embargo, absolutamente decisivo. De un lado, la gran guerra es el hecho que va a crear unas condiciones que permiten que la integración del socialismo en la vida nacional, largamente perseguida, avance cualitativamente. Pero, de otro, **el PSOE es el único partido de un país neutral en la contienda que propone y mantiene una postura radical de apoyo a la causa aliada desde los primeros días del conflicto.**

Este pionerismo en la «aliadofilia» —que es interpretado como un intento de aparentar fortaleza, mimetizando la postura del grueso de los partidos socialistas europeos— va a sentar las bases, sin embargo, para que se produzcan las primeras líneas de fractura en su seno. De hecho, ocurre prácticamente lo mismo que en el seno de los partidos socialistas europeos, pero la debilidad del partido por estas fechas hace que la aparición de minorías no sean detectadas hasta algún tiempo después de celebrada la ya citada reunión de «disidentes» de Zimmerbald en 1915.

Con anterioridad a 1914, el PSOE ya había visto saltar de su seno a una minoría de oposición cuando, en 1909, se crea la Conjunción republicano-socialista (primer intento serio de integración en la realidad nacional española). Pero va a ser el conflicto mundial y la «aliadofilia» de la dirección la que propicie una nueva línea de separación en torno a la minoría pacifista-internacionalista encabezada por Núñez de Arenas, Reca-

sens, Lamonedá, etc., y que se superpone a la primitiva oposición dentro del partido.

En última instancia, la Revolución rusa de 1917 —minimizada y camuflada en lo posible por la propia dirección—, coincidente con la parlamentarización del PSOE, hace brotar una tercera línea de fractura en torno, fundamentalmente, a grupos de juventudes: Millá, González, Ugarte, Merino, etc.

Estos tres grupos se van cohesionando paulatinamente —e, incluso, disponen ya de su propia publicación: «Nuestra palabra»— en torno a un germen de escisión que se irá incubando hasta la aparición del PCE en 1921.

Es decir, hasta ahora mismo. ■
JOSE RAMON MARCUELLO.

SINGER: O EL DESGARRAMIENTO DE UN PUEBLO (1)

Los judíos tienen una historia que se remonta a más de cuatro mil años. Historia trágica y casi milagrosa. Han vivido dispersos por el mundo con el aliento de una duplicidad que difícilmente se comprende: han logrado penetrar el armazón constitutivo de las sociedades en las que se han asentado, sin perder su identidad nacional o religiosa y, emanada de ésta, sus costumbres peculiares. Asimismo, han añorado constantemente la patria perdida.

Las causas de sus persecuciones pueden buscarse en la condena, que pesó sobre ellos hasta el Concilio Vaticano II, como pueblo deicida, en su antagonismo con la Iglesia institucional de la mayor parte de los estados, en la distinción que se otorgan con su autoproclamación como pueblo elegido, en sus actividades lucrativas. Muchas persecuciones y matanzas fueron provocadas para apo-

(1) Obras de I. B. Singer traducidas al español: **Un amigo de Kafka**, Edt. Planeta, Barcelona, 1978; **La familia Moskat**, Edt. Planeta, Barcelona, 1977; **La casa de Jampol**, Edt. Noguer, Barcelona, 1978; **Los herederos**, Edt. Noguer, Barcelona, 1978; **El esclavo**, Edt. Plaza y Janés, Barcelona, 1978; **Enemigos, una historia de amor**, Edt. Plaza y Janés, Barcelona, 1978; **Cuentos judíos de la aldea de Chelm**, Edt. Lumen, 1978.